

The logo consists of the words "bam" and "bú" stacked vertically in a white, lowercase, sans-serif font, enclosed within a solid black circle.

bam
bú

The background of the cover is a stylized illustration. It depicts a man in a red shirt and dark trousers standing on a path in a forest. In the foreground, a man in a white shirt and dark trousers is riding a bicycle on a dirt path. A large, dark, rectangular object, possibly a piece of machinery or a vehicle, is shown moving through a body of water, leaving a wake. The overall style is graphic and somewhat abstract, with a muted color palette of greens, browns, and greys.

LA ARTILLERÍA DE MR. SMITH

DAMIÁN MONTES

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2016, Francesc Puigpelat, por el texto
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Pep Montserrat
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-8343-406-2
Depósito legal: B-671-2016
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

**LA ARTILLERÍA
DE MR. SMITH**
DAMIÁN MONTES

**bam
bú**
EDITORIAL

1. La guerra y yo

El subtítulo de este libro, *Una historia perfecta*, puede parecer inmodesto. Y con razón. Pero, en fin, si es así, no puedo remediarlo, porque cuanto más recuerdo la aventura que viví en 1938 con mis dos grandes amigos, Mateo e Inma, es inevitable pensar que tiene todos los elementos que conforman una narración redonda: una guerra, una misión peligrosa, amistades leales, amores nacientes, soldados amables, coroneles perversos, un tanque T-26, un río desbordado, una madre tierna y un padre autoritario y valiente. Si se juntan todos esos elementos y se mezclan como en una buena salsa, obtenemos exactamente eso, una historia perfecta, que tratará sobre un arma secreta: La artillería de Mr. Smith.

Para contarla bien tendré que hacer una brevísima introducción. Retrocedo hasta el principio.

La Guerra Civil estalló cuando yo tenía doce años. Hasta entonces, apenas había sabido nada de política, de sindi-

catos, de elecciones, de revoluciones o de disturbios. Había vivido en el hogar paterno en Barcelona, en una burbuja de felicidad donde tenía de todo: la mejor escuela, los amigos más ricos, los juguetes más caros y un mundo donde todo era abundancia y felicidad. Poco después de estallar la guerra, en el verano de 1936, empezaron los problemas. Mi padre era ingeniero y accionista de la compañía eléctrica La Canadiense, y los pistoleros anarquistas de la FAI lo tenían en la lista negra. Una noche, a finales de agosto, una criada me sacó de la cama sin explicarme nada. En el jardín de casa había dos coches con los faros encendidos y una furgoneta cargada de baúles, maletas, paquetes y algunos muebles. Viajamos toda la noche y, poco antes del amanecer, después de algunas discusiones con la policía y un montón de papeleo, atravesamos la frontera y entramos en Francia. Al día siguiente nos establecimos en un pequeño piso en Montpellier, donde vivimos casi un año. Era el exilio.

Mi padre, todo un ingeniero, se tuvo que buscar un trabajo mal pagado como electricista. Pero no perdió su buen humor.

–Mejor electricista en Montpellier que muerto en la cuneta de una carretera en Barcelona –solía decir.

Mi madre lo corroboraba afirmando con la cabeza, y añadía:

–Estos malditos rojos nos llevarán a la perdición.

8 Poco a poco me fui acostumbrando a saber quién era quién en aquella guerra, vista desde la óptica de mi familia. Los ‘rojos’ eran los malos: partidarios del gobierno republicano, anarquistas, comunistas, ateos y quemaiglesias.

Los ‘nacionales’ eran los buenos: seguidores de Franco, conservadores, gente de orden y de misa. Aquella guerra era como las películas del Oeste que veía de pequeño en los cines de la Rambla de Cataluña: indios contra pistoleros. Pero en nuestro caso los pistoleros buenos habíamos tenido que huir de casa porque los indios malos eran poderosos y mataban a mucha gente. Un día le conté esta interpretación a mi madre. Sonrió y me dijo:

–Ahora estamos solo a media película. No te preocupes: al final, los apaches y los *sioux* siempre salen derrotados.

–¿Y entonces regresaremos a casa, a Barcelona?

–Por descontado que volveremos.

La verdad es que nunca volvimos. Pero los pistoleros, a medida que pasaban los meses, ganaban a los indios y recuperaban terreno. Al cabo de un año en Montpellier, mi padre decidió regresar a España, a la parte llamada la ‘zona nacional’. Cruzamos los Pirineos por Navarra y nos dirigimos a Burgos, donde se había establecido el gobierno del general Franco. Allí se acabaron nuestras miserias. En lugar de un piso minúsculo como el de Montpellier, alquilamos una casa enorme con jardín, volvimos a tener coche y los Reyes Magos me trajeron un tren en miniatura precioso, importado de la lejana Alemania, donde gobernaba en ese momento un señor con bigote similar al de Charlot, un tal Adolf Hitler.

El cambio de estatus de mi padre se debía a que había entrado a formar parte del Estado Mayor del ejército nacional y asistía a reuniones de alto nivel, a veces con el general Francisco Franco Bahamonde en persona. Por lo que pude averiguar, mi padre asesoraba a Franco en materia de ener-

gía: centrales hidráulicas, carbón, petróleo, redes de distribución de electricidad y otros asuntos técnicos que tenían, por lo visto, cierta importancia en el desarrollo de la guerra.

Como consecuencia de su nuevo trabajo, mi padre cambió aprisa. Comenzó a llevar uniforme de teniente, y no se lo quitaba ni siquiera los domingos. Se volvió más serio y adusto, y a mí, de repente, dejó de llamarme Xavi o Xavier, como hasta entonces, y empezó a llamarme Javier y, a veces, hasta a hablarme en castellano. Un día reuní el valor suficiente para preguntarle a mi madre qué ocurría, y ella respondió:

–El catalán es la lengua de los rojos.

Cuando objeté que nosotros siempre habíamos hablado catalán y éramos nacionales, ella añadió, con un susurro:

–Por supuesto. Esto lo sabemos tú y yo. Pero no ellos.

–¿Ellos?

–Franco, los falangistas, los militares...

Mi madre me hizo una seña con el dedo delante de los labios, dando a entender que su respuesta era un secreto peligroso si ‘ellos’ se enteraban de su opinión, y por primera vez vislumbré que quizá aquella guerra no era tan simple como una batalla entre indios con flechas y pistoleros con rifles. ¿Y si los pistoleros no fueran todos tan buenos como los de las películas? ¿Y si los indios no eran tan malos como me los pintaban?

Aquel curso estudié en un colegio de curas situado al abrigo de la catedral. Tras los exámenes finales, a primeros de junio, mi padre anunció que volvíamos a mudarnos de casa: nos estableceríamos en un pueblo cercano a Lérida, llamado Balaguer. Yo me alegré: los antepasados de mi pa-

dre habían vivido en Balaguer y, desde pequeño, me había acostumbrado a pasar allí mis vacaciones de verano. No íbamos al pueblo mismo, sino a una masía –‘la torre’, la llamábamos– situada a un par de kilómetros al norte, cerca del río Segre: un verdadero paraíso donde uno podía recorrer kilómetros en bicicleta, cazar ranas en las acequias, robar melocotones y zambullirse en los remansos. Para mí, Balaguer era sinónimo de libertad.

Pero no lo fue del todo. Había, de nuevo, la guerra por medio. Cuando llegué, una tarde calurosa de junio de 1938, la vieja torre se encontraba muy cerca del frente: solo a cinco o seis kilómetros al otro lado del río estaban, enfrentadas, las trincheras de los nacionales y las de los rojos, cada una con sus soldados, sus fusiles, los nidos de ametralladoras, los sacos de tierra, los Jeep, los tanques, los morteros y los cañones. El día de nuestra llegada, en lugar del piar de los pájaros, oímos con cierta aprensión disparos dispersos, ráfagas de ametralladora y, de vez en cuando, la explosión de un obús. Mi padre leyó la desazón en mi rostro y explicó:

–No hay ningún peligro. Los oímos, pero estamos fuera del alcance de las balas.

La torre era grande y un poco destartada. En la planta baja dormían los arrendatarios, un matrimonio con tres hijos que se ocupaban de cultivar las tierras en ausencia de mi padre. También había el almacén para las herramientas de todo tipo y las cuadras para los animales: cuatro cerdos, un par de asnos, una multitud de jaulas de conejos y el gallinero.

Mi familia se instaló en la primera planta, que estaba más arreglada y habitable. Tenía una cocina con una

chimenea impresionante y un comedor con muebles del año de la catapum y sillas carcomidas. Las habitaciones parecían sacadas de una novela del siglo XIX, con armarios oscuros, cómodas con cajones siempre atascados, cortinas de terciopelo y unas camas levantadas a más de un metro del nivel del suelo. Arriba había un desván lleno de trastos, donde me instalé yo. Me gustaba dormir solo en ese espacio enorme. Disponía de un baúl lleno de juguetes, y me encantaba un juego con una veintena de soldaditos de plomo vestidos con uniformes de la época de Napoleón.

Tras la parte de solana de la torre, que se orientaba hacia Balaguer, había un pequeño estanque destinado al riego, donde nos bañábamos los días calurosos. Al lado había un sauce llorón cuyas hojas lamían el agua y un huerto con tomateras, lechugas, pimientos y calabazas, un huerto que desprendía todos los olores del mundo. En la umbría de la torre, había un jardín con bancos de piedra, cuatro rosales, arbustos y flores silvestres: era sombrío, decadente y algo triste, por lo que mi madre se sentía a gusto en él por las noches, leyendo sus novelas románticas preferidas.

Mirando al este, se veían las espesas copas de los olmos, los álamos, los fresnos y los sauces que marcaban el curso del río Segre: el bosque de ribera o soto. Otros veranos, la visión del soto había sido la invitación permanente a refrescarse con un chapuzón en el río. En el verano de 1938, sin embargo, el soto, espeso y oscuro, era otra cosa: el parapeto tras el que se seguía desarrollando una guerra cruel y sanguinaria, la frontera que no se podía cruzar, a menos que uno quisiera morir víctima de una bala o un obús.

2. Mateo

Tení catorce años, el verano por delante, un país para explorar, una bicicleta y libertad total: todos los elementos que, juntos, conforman la felicidad. La bicicleta, además, era de lujo: tenía piñones y platos, como las que usaban los corredores profesionales en el Tour de Francia. Hoy puede parecer una tontería sin importancia, pero en 1938 casi todas las bicicletas tenían un solo piñón y un solo plato, y según qué subidas había que hacerlas siempre a pie.

Los primeros días cogía la bici, pedaleaba hasta Balaguer y me pasaba ahí las mañanas. El pueblo era seguro: por el otro lado del Segre, el frente estaba a siete kilómetros, y solo se oía de vez en cuando una explosión débil. Divagaba por la plaza, por los soportales de la calle de Abajo y subía por la calle Barrionuevo, en lo alto de la cual, sobre una colina llamada el Bombo, los nacionales habían construido un búnker. Me gustaba mirar los cañones de las ametralladoras que sobresalían de las aspilleras, pero

nunca las vi disparar, pese a que pasaba largos ratos observándolas a escondidas.

A los pocos días, me aburría. ¿Por qué? Todo el mundo me decía: «En Balaguer no hay guerra, ve hacia Balaguer». ¿Y qué tenía que hacer yo? Ir en dirección contraria, claro. Yo quería ver la guerra. Qué le vamos a hacer: inconsciencia de la juventud.

Así, una mañana poco antes de San Juan tomé el camino en dirección contraria: en lugar de ir hacia el campanario del Santo Cristo de Balaguer, la referencia era el perfil bien recortado de la sierra del Montroig, coronada por riscos de roca roja. Circulé entre masías dispersas, atravesé el pequeño pueblo de Gerb y, tras recorrer una carretera muy recta que deslizaba entre sembrados de maíz y de alfalfa, llegué al embalse de San Lorenzo: un gran lago artificial rodeado de bosques espesos.

Lo primero que me sorprendió fue ver un grupo de soldados ociosos, tumbados en la hierba junto a cuatro cañas de pescar. Fumaban y charlaban con indiferencia.

–Ayer, Alfredo pescó un barbo.

–Sí, no estaba mal.

–Era repugnante. En esta mierda de río no hay truchas.

–¡Quién pescara una buena trucha!

–No os quejéis. Siempre será mejor un barbo que la mierda de rancho que nos da Franco...

De repente, la conversación se detuvo. Me habían visto. Uno de los soldados, barbudo y rubio, me dijo:

–¿Qué quieres, niño?

–Yo –le respondí– vengo de Balaguer.

–Pues regresa.

–Venía a ver la guerra...

–Pues ya la ves. Nosotros cuatro contra los malditos barbos. Y la estamos perdiendo. No pican...

Todos se rieron y yo, humillado, volví a la bici y continué. El camino seguía paralelo al lago, tras las sombras de una hilera de cipreses. Un kilómetro más allá, estaba el pequeño pueblo de San Lorenzo. Dejé la bici, entré en la taberna y me llevé la sorpresa de que era tan pacífica como las de Balaguer: el dueño tras un mostrador oscuro, estantes con botellas y soldados jugando en una mesa de dominó y dos de cartas. Salí a la terraza. Abajo, junto al lago, otro grupo de soldados lavaban ropa y la tendían en las ramas de las adelfas.

¿Y la guerra? ¿Dónde se escondía? Estaba perplejo. En teoría, al otro lado del lago, apenas a doscientos metros, se encontraban las tropas rojas, con cañones y ametralladoras. ¿Por qué nadie disparaba? ¿Por qué no había gritos, acción y heroísmo? Vi unas manchas de colores que se movían en la otra orilla del lago, en medio del bosque. Eran soldados rojos. También tendían ropa.

Proseguí. El camino entraba en un bosque de álamos y llegaba a un lugar conocido como el Desfiladero, donde, entre dos peñascos, apenas había una veintena de metros de un margen del río al otro. Ya era mediodía, el sol era alto y abrumador, y un grupo de soldados se habían quitado la ropa para zambullirse en el río. Jugaban, salpicaban, gritaban, se pasaban una pelota y se reían de mil bromas. Por si aquello no fuera lo bastante asombroso, descubrí que en el agua había una mezcla de soldados nacionales y rojos. Unos y otros, en vez de dispararse tiros y arrojar bombas, se mezclaban alegremente.

Me acerqué a un soldado que fumaba sentado en la cepa de una encina. Le dije:

–Los de la otra orilla ¿no son los rojos?

–Así los llaman.

–¿Y no estamos en guerra? –insistí.

El soldado me miró y respondió:

–La guerra es una cosa de los de arriba.

–¿Qué quieres decir?

–Que la guerra es de los políticos, los generales, los ricos... Nosotros, los soldados, nunca estamos en guerra. Solo obedecemos órdenes, porque no tenemos más remedio...

–Pero los rojos...

–Los rojos son iguales que nosotros.

–Los rojos asesinaban a sacerdotes. Mataban a mucha gente. Mi padre tuvo que huir a Francia para que no lo liquidaran.

El soldado me miró fijamente:

–Cierto. Han matado a mucha gente inocente.

–¿Entonces?

–Los nacionales también hemos matado gente inocente –dijo encogiéndose de hombros.

El soldado tiró la colilla del cigarrillo y esbozó una sonrisa.

–¿Cómo te llamas, chaval?

–Xavier.

–Muy bien, Xavier. Yo soy Pedro, pero me llaman el Pulgas, porque soy especialista en aplastarlas. Si alguna vez te atacan, avísame. ¿Lo harás?

–Sí –respondí riendo.

–Esta es una guerra muy triste. Todo está muy embrollado. Hay bien en los dos bandos, y mal en los dos bandos. Hay

justicia roja y justicia nacional, y también asesinatos rojos y asesinatos nacionales. Todo es confuso, y al final siempre pagamos los mismos. ¿Quieres que te cuente una historia?

–Sí, claro.

–Tenía dos primos hermanos en Barcelona que trabajaban en el textil. Ambos eran viajeros: recorrían España vendiendo ropa. Cuando estalló la guerra, uno de ellos estaba de viaje en Andalucía y el otro en Madrid. Cosas del azar. Al de Madrid le reclutaron los rojos y al de Andalucía los nacionales. Los llevaron a ambos a la batalla por Madrid. Uno estaba en un lado de la trinchera y el otro en el lado opuesto. Ellos no lo sabían, pero cada vez que disparaban un tiro, podía recibirlo su propio hermano...

Tragué saliva y dije:

–¿Y cómo acabó la historia?

–Como acaban siempre estas absurdas estupideces. Murieron los dos.

El Pulgas escupió y encendió otro cigarrillo. Dijo:

–O sea, que lo mejor que podemos hacer es bañarnos y divertirnos, mientras podamos y no vengan los tenientes, los coroneles y los generales a imponer su asquerosa disciplina.

Esa noche, antes de dormirme, reflexioné sobre las palabras del Pulgas. ¿Era cierto que la guerra solo la querían los poderosos? ¿Tenía algún sentido que los hermanos se mataran entre ellos? Lo que parecía claro era que los rojos –o, al menos, los soldados rasos– no eran tan malos y perversos como me contaba mi padre.

Durante los días siguientes, seguí pedaleando por San Lorenzo y me enteré de cómo se vivía en la zona. Los ofi-

ciales de los dos ejércitos apenas aparecían, y los soldados aprovechaban para divertirse juntos y hacerse favores. En el lado de los rojos había escasez de tabaco, y en el de los nacionales de chocolate, azúcar y café: en consecuencia, hacían intercambios muy beneficiosos para ambas partes. Entre todos se había establecido también un sistema de reparto de correo: si un soldado nacional tenía una carta para un amigo, esposa, padre o madre de la zona roja, los soldados rojos la enviaban. Y al revés, lo mismo.

Un día, al cabo de una semana, fui más allá de la zona de baño. El camino entraba en una llanura y seguía el río hasta Camarasa. Llegué al pie del llamado puente del Pastor, que había sido volado por los rojos en retirada tres meses antes. Quedaban en pie los pilares y parte de los arcos. Por abajo, el Segre era ancho, pero apenas alcanzaba un metro de profundidad. Y allí, bajo el puente, atravesando el río con el agua hasta los muslos, vi por primera vez a Mateo.

Yo estaba apoyado en un fresno, con la bicicleta, y Mateo se me acercó. Estaba a punto de cumplir dieciséis años, dos más que yo, pero tenía mi misma altura, aunque era muy corpulento y musculoso: se notaba que estaba acostumbrado a trabajar en el campo. Se había quitado los pantalones para cruzar el río, y mientras se los ponía de nuevo me miraba de reojo.

—¿Qué haces por aquí, chaval? ¿Pasear?

—Sí. Es un día agradable.

—¿No sabes que hay guerra por ahí? Podría herirte una bala perdida...

18

Me di cuenta de inmediato de que se estaba burlando de mí. Le respondí:

–He oído que traen chocolate delicioso desde Barcelona...

–No eres del todo burro, por ser un hijo de papá.

Me miró con socarronería y me sonrojé. ¿Por qué será que, a los hijos de papá, nos avergüenza tanto serlo? Pero mi ropa cara, mi peinado y mi bici me delataban. Mateo iba sucio, llevaba la ropa cubierta de remiendos y su cabello era grasoso y largo. El vello de la barba incipiente le oscurecía las mejillas. Y un detalle: llevaba pantalones largos. Antes, la moda infantil era diferente: todos los niños llevaban pantalón corto hasta los trece o catorce años. Ponerse pantalones largos era como un ritual del paso a la edad adulta. Yo llevaba aún pantalones cortos y Mateo largos: mi situación era como para estar acompanyado.

Mateo se acercó a la bici y la observó con interés.

–Uau. ¿Cómo van los piñones?

–Se cambian con esta palanca.

–¿Puedo probarla? –preguntó.

–Por supuesto.

–Gracias. Esto es buena señal –dijo Mateo guiñándome el ojo–. Los hijos de papá de verdad suelen ser una pandilla de egoístas. Quizá seas distinto.

Dio un paseo por el camino y aprendió a cambiar los platos y los piñones. Se cayó una vez, y otra se empotró contra una roca. Se rio y entendí que era un chico amable y de buena pasta.

–¿Cómo te llamas?

–Mateo –respondió–. Vivo en una casa al otro lado del río, tras aquel cerro.

–Ya. En territorio de los rojos.

Mateo sonrió y dijo:

–¿Rojos? Querrás decir ‘republicanos’.

–Mi padre os llama ‘los rojos’.

–Ya veo. ¿Y tú? ¿Dónde vives?

–Me llamo Xavier y vivo en una torre, en este lado del río, cerca de Balaguer.

–En territorio de los fachas.

Yo repliqué:

–¿Fachas? Querrás decir ‘nacionales’.

–Mi tío os llama ‘los fachas’.

Ambos nos reímos a la vez. Mateo añadió:

–¿Rojos o fachas? Todo depende del color del cristal con que se mire. Vosotros sois los fachas o nacionales, depende. Y nosotros somos republicanos o los rojos, según quién hable. Deben ser cosas de la guerra...

Le tendí la mano:

–¿Amigos, rojo?

Encajamos y Mateo dijo, de manera solemne:

–Amigos, facha.

Y ese fue el origen de una gran amistad.

3. El coronel Tapias

El nuevo destino de mi padre era la central hidroeléctrica de Camarasa, situada unos doce kilómetros al norte de Balaguer, sobre el río Noguera Pallaresa. La conocía muy bien porque pertenecía a La Canadiense, la empresa donde había trabajado antes de la guerra. Mi padre compartiría el trabajo con un inglés excéntrico a quien había conocido años atrás en Barcelona: el ingeniero Joseph Smith.

Cuando me enteré, le dije a mi madre:

–Me gusta que papá vuelva a trabajar con la electricidad.

–Y a mí –contestó–. Ahora todo será como antes de la guerra.

–No lo creo –repliqué–. ¿Por qué sigue llevando uniforme militar?

Mi madre se encogió de hombros y estuvo a punto de decir algo, pero se reprimió en el último momento. Creo que ella conocía la respuesta, pero prefirió no decírmela

porque imaginaba, y con razón, que me desagradaría. Pero no importaba: esa misma noche, mi padre respondió sin ser preguntado. Fue en el curso de la cena donde conocí a otro de los protagonistas de esta historia: Francisco Tapias, coronel de la Legión.

Mi padre le invitó a cenar para celebrar una buena noticia: el general Franco acababa de ascenderle a capitán. Sería el capitán Casas. El ascenso demostraba hasta qué punto era importante la misión que se le había encargado en la central hidroeléctrica de Camarasa. Mi padre llevaba el nuevo uniforme con orgullo y, cuando el coronel Tapias llegó en un Jeep conducido por un soldado, se plantó ante él con un taconazo muy marcial y le saludó militarmente con tanta formalidad como había visto hacerlo a los soldados nazis en los noticiarios del cine. El coronel Tapias se quitó la gorra y le dijo:

–Descanse, capitán Casas. Y, ahora, veamos lo que nos ha cocinado su encantadora esposa.

Besó la mano de mi madre con mucha ceremonia, y observé que ella le devolvía un mohín de íntima y disimulada repugnancia. Después, el coronel se plantó delante de mí y me ofreció la mano.

–Saluda al coronel –dijo mi padre.

–Tiene un hijo muy apuesto, capitán. Seguro que servirá bien al Generalísimo Franco y a España.

Estreché su mano y me estremecí: era fría e informe como un pedazo de merluza. Entonces le observé con atención y entendí la repulsión con que le había tratado mi madre. Tenía un cabello rubio con manchas blancas, bajo el que se perfilaba un cráneo deforme: la parte de la derecha la tenía

hundida y cruzada por una cicatriz de cuatro dedos. Su ojo izquierdo era de madera, fijo y negro. La nariz era larga y afilada, y sus labios dibujaban una sonrisa sarcástica y cruel. Llevaba el pecho cubierto de medallas, todas premios al valor y todas importantísimas. Le faltaba la mano derecha y en su lugar tenía un garfio articulado. Cuando, años después, se estrenó el *Peter Pan* de Walt Disney, el Capitán Garfio me pareció casi un angelito comparado con el coronel Tapias.

La cena fue formal y aburrida. Yo notaba que mi padre y el coronel Tapias tenían un montón de temas interesantes sobre los que hablar, pero se reprimían delante de mí y de mi madre. Solo en los postres, cuando la botella de vino tinto ya estaba vacía, el coronel se soltó e inició una conversación con un poco de chicha.

–Tiene que contarme, capitán Casas –dijo–, sus conversaciones con el Generalísimo.

–No hay mucho que decir. Es un gran hombre...

–Grande no. Inmenso. ¡El general más joven de la historia de Europa, después de Napoleón! Y un estratega colosal. Por eso me intriga el encargo que le ha hecho. ¿Nuestro Generalísimo cree que la guerra pueden ganarla los ingenieros, y no los militares?

–No se trata de disciplinas incompatibles –replicó mi padre–. Yo soy ingeniero y militar.

–Pero el Generalísimo Franco se interesó por usted como ingeniero.

–Cierto.

–¿Y por qué?

–Porque nuestro Generalísimo es un hombre muy inteligente. Conoce la importancia de la técnica.

–¡Qué grande es nuestro Generalísimo! –repitió el coronel, con una reverencia–. Es el más grande. ¿Pero qué tiene que ver todo esto con la central hidroeléctrica de Camarasa?

–Tenemos que evaluar la posibilidad –respondió mi padre– de utilizarla en la guerra.

–¿Una central eléctrica? Las guerras se ganan con disparos y con bombas.

–En parte, sí.

–Y se ganan con sangre y con el sacrificio de los hombres. Recuerde el lema de la Legión: «Viva la muerte».

Mi madre, de repente, intervino:

–¿No es contradictorio? ¿Puede vivir la muerte?

El coronel Tapias dirigió a mi madre una mirada glacial, esperó unos instantes en silencio, tomó un traguito de vino y siguió, como si no hubiera oído nada:

–Tendrá que perdonarme, capitán, pero estoy muy intrigado por su presencia en Camarasa. No acabo de pillar qué tipo de arma secreta puede haber allí. Y lo mismo les ocurre al resto de oficiales.

–Lo entiendo. Pero ahora no es el momento de contárselo.

–¿Tan secreto es?

–Muy secreto. Después de cenar le explicaré los detalles con mucho gusto.

El coronel Tapias esbozó una sonrisa, llenó hasta arriba su copa de vino y cambió de tono. Se volvió hacia mí y dijo:

–Seguro que este chico, Javier, querrá conocer otros detalles relacionados con la guerra. Con la épica, el heroísmo, el valor. ¿Verdad?

–¿Usted ha estado en muchas guerras? –le pregunté con afán de cotilleo.

–Antes de esta, en la de África, contra los malditos moros. Conocí allí el Generalísimo y combatí con él, codo con codo. ¡Qué hazañas! ¡Qué temeridades! Fue allí donde perdí ese ojo.

Señaló su ojo de madera y añadió:

–A veces me parece que todavía veo un pedazo de desierto reseco. Como si el ojo que me arrancaron los moros me enviara señales –rio con estrépito–. ¿Quieres saber cómo lo perdí?

–Sí, claro –respondí muy aprisa, porque ya me picaba la curiosidad.

–Debía ser allá por el año 1922, cuando la guerra estaba en el punto más crudo y los moros de Abd-El-Krim nos acosaban y perseguían como conejos por las cordilleras resacas del Rif. Yo era entonces un teniente recién salido de la academia. Me enviaron a un blocao, una especie de pequeño fuerte, en las laderas del Bou Mernin. Era un lugar infernal, donde caía un sol de justicia y solo crecían matorrales grises, cactus y chumberas. Una noche, los moros cortaron nuestras comunicaciones y nos sitiaron durante una semana. Sin una gota de agua, tuvimos que empezar a bebernos nuestros orines. Hasta que una noche oscura atacaron. Resistimos más de cuatro horas, pero nosotros éramos una veintena y ellos más de doscientos. Yo fui el último superviviente, pero no me rendí, y si estoy vivo todavía es porque el jeque de los moros dio órdenes de rodear el blocao y capturarme vivo. Cuando entraron en tropel no me quedaba ni una bala, pero me defendí aun a puñetazos y patadas hasta que uno de ellos me atizó un culatazo. Al día siguiente me desperté al mediodía, con la cabeza que

me pesaba como una losa de mármol y atado de pies y manos al palo de una *khaima*, que es como los moros llaman a sus mugrientas tiendas de campaña, hechas con pieles y mantas, que siempre echan peste a cordero.

El coronel lo explicaba todo con un buen repertorio de gestos y muecas. Lo tenía bien ensayado. Continuó:

—Al abrir los ojos, oí gritos y disparos al aire, y enseguida entró el jeque de los moros, que tenía fama de cruel, llamado Abdul Latif. Tenía los ojos negrísimo y una barbilla de chivo terminada en punta. Me dijo: «¿Sabes cuántos de mis hombres han muerto esta noche, maldito desgraciado?». Repliqué: «Si me hubieran quedado más balas, un millar, al menos». Me pegó un puñetazo y dijo: «Calla, perro infiel. Tengo treinta y dos muertos y once heridos por tu mierda de blocao. Quiero mucho a mis hombres: esto lo pagarás caro». El moro asqueroso, al menos, era lo bastante listo como para percatarse de que topaba con un héroe. Pero no me serviría de nada su reconocimiento. Me dijo: «He ordenado que te capturen vivo porque quiero que tengas la muerte lenta y dolorosa que te mereces. ¿Sabes que en el Rif conocemos el sistema de ir cortando a un prisionero en pequeños trocitos hasta que no queda casi nada, y que lo hacemos tan bien que puede durar hasta una semana? Te aseguro que cuando acabe contigo te arrepentirás de no haberte pegado un tiro tú mismo esta noche». Yo contesté: «Los soldados españoles luchan siempre por su patria. Hasta la última gota de sangre». Y le escupí. Abdul Latif rio, y ordenó: «Empezad. El ojo izquierdo».

El coronel Tapias se detuvo para conseguir el adecuado efecto dramático. Se señaló el ojo diciendo:

–Este.

Yo estaba impresionado. Empezaba a pensar que me había equivocado al juzgarlo y que el coronel era un verdadero héroe.

–¿Y cómo se salvó usted? –intervine.

–Me sujetaron la cabeza entre dos hombres, y un tercero se acercó con una cuchara de madera. Yo no forcejeé: sabía que era inútil y quería dar una lección a aquellos moros, demostrarles que no hay huevos como los de los españoles. Me concentré, noté la presión en el ojo y un dolor brutal, pero no grité. El moro de la cuchara me mostró el ojo ensangrentado y le escupió. Me pegó otra colleja y dijo: «Maldito canalla. ¡Vamos por el otro!». Yo pensaba en qué hacer para ganar tiempo. Sabía que las tropas del general Sanjuán estaban cerca y necesitaba entretener e esos moros si no quería convertirme en ciego para siempre. Tras un par de pufs de un rincón de la *khaima*, había un tablero de ajedrez. Dije: «Abdul, a ver si tienes valor. Te reto, tú y yo solos». El moro me respondió con desprecio: «Encantado. ¿Qué quieres? ¿Pistola? ¿Sable? ¿Puños?». Y yo le respondí: «Ajedrez. ¿Sabes jugar?». Me respondió que un poco y yo le dije que también: «¿Qué nos jugamos?», pregunté. «El tiempo que dure la partida», respondió, sarcástico, ignorando que a lo que yo aspiraba era justamente a ganar tiempo. Me desataron las manos y comenzamos. Fue una partida larga, que estiré pensando exageradamente algunas jugadas. A las dos horas estaba a punto de sufrir jaque mate. Pero Abdul no tuvo tiempo: el regimiento del general Sanjuán irrumpió en el campamento moro y me salvé...

–... por una partida de ajedrez –completó mi padre.

–Me llevé el tablero y las piezas a mi casa –añadió Tapias–, pero llevo siempre encima un recuerdo.

El coronel se llevó la mano al ojo izquierdo, se quitó el ojo postizo y me lo pasó. Lo estudié: era una bolita de madera negra, con una rayita en relieve.

–Es una parte del alfil negro. Yo jugaba con negras.

Tapias volvió a ponérselo y me miró.

–Me da suerte.

Entonces sonreí y le miré de manera muy diferente que antes de su sorprendente narración. El coronel llevaba la guerra no solo en el uniforme, sino en el cuerpo entero: en el ojo postizo, el garfio, el cráneo deformado... Él era la guerra. Y, por tanto, en momentos concretos, era capaz de despertar la vivísima fascinación que un niño de catorce años, como yo era entonces, siente con la máxima intensidad. Batallas, disparos, hazañas, héroes, victorias, aplausos, medallas, prestigio, carisma... Esa era la cara amable de las luchas sangrientas, e intuí que hasta el coronel Tapias, como la guerra, podía llegar a inspirar estima y fidelidad: por eso era tan peligroso.

Y por eso me preocupé cuando vi que también mi padre le sonreía y, de repente, le tuteaba:

–Una historia digna de un gran héroe, Francisco.

–Gracias, capitán Casas.

–Y ahora, hablemos del arma secreta –dijo mi padre–. Javier, a dormir.

28 Mi padre y el coronel Tapias se sentaron en un rincón al fondo del comedor, donde había dos sillones de cuero, y se sirvieron sendas copas de coñac. Apenas oía el leve

murmullo de sus palabras. «El secreto», pensé. Aquel rincón era el mundo de los adultos, que todavía me estaba vedado.

Me retiré por el pasillo hacia mi habitación, me desnudé y me metí en la cama. Escuché. Había una calma insólita. Ni disparos ni explosiones en el otro lado del río. Los soldados parecían cansados de tanta guerra y volvían a ocupar su lugar en la noche el eterno canto de los grillos y el monótono croar de las ranas.